

cha, ni los indios se estacionaron en tal situación, ni los encomenderos subsistieron, ni la vocación y abnegación de las Ordenes tampoco, porque España, donde reclutan sus misioneros, perdió aquella fe de los tiempos inquisitoriales, y las Ordenes, relajadas por las riquezas que comenzó con el progreso á producirles el archipiélago, y sin las virtudes primitivas, como acabamos de decir, empezaron á dar los escándalos que la historia de Filipinas registra con el nombre de la *Visita diocesana*, y que obligaron por fin al insigne D. Simon de Anda á traer atados con codo á codo á Manila á los párrocos regulares; comenzaron á dar el espectáculo del concubinato público, de los juegos prohibidos en las fiestas de los pueblos y de los excesos en la bebida, siendo verdaderas excepciones aquellos que se sustraen á esa vida y se consagran á la contemplación ó á la ciencia, que también los hay, y no lo hemos de negar, aunque quizás no seamos de los que el Sr. Maestre califique de imparciales y conocedores. Comenzaron también á oponerse á toda innovación en las instituciones filipinas; pero no ya por temor de que se pervirtiesen los indios en el sentido religioso de la frase, sino por temor á perder los bienes terrenales que sólo en aquel rincón pueden conservar á la antigua.

Nosotros, pues, invitamos á nuestro nuevo colega, que ya que tan al tanto de los asuntos del día aparece respecto á las Antillas, que deje los temas añejos sobre Filipinas y se coloque respecto á éstas á igual altura que respecto á aquéllas. Hoy los dos problemas graves de la administración del archipiélago, son: primero, la moralidad, aptitud y celo de los empleados públicos, que están á un nivel sólo comparable al que otras veces se ha observado en Cuba; y segundo, la celeridad y rectitud en la administración de justicia, que ha llegado á un grado que menor no cabe, redundando ambas cosas en desprestigio notorio para España.

Por ahora no son las leyes políticas ni las económicas las que más apremiante remedio exigen; es la Administración, que no existe en ninguno de sus ramos; y los mismos cuerpos facultativos, como los de Obras públicas y los de Montes, tramitan los expedientes con una lentitud oriental que excede á toda ponderación, haciéndose indispensable el nombramiento de un visitador regio que inspeccione las oficinas y multe y separe á los empleados holgazanes y normalice aquella desquiciada Administración. Ayúdenos en esta tarea el *Boletín de Ultramar*, pues esto conduce á sus patrióticos fines, y para animarlo le citaremos tres hechos: uno referente á la administración de justicia criminal, otro á la civil y otro al personal de justicia.

1.º En Filipinas se ha hecho moda, por la impunidad en que queda, el acusar de filibustero á cualquiera; pero hace ocho años un calumniado salió absuelto y se le reservó el derecho contra sus difamadores—caso raro—y entabló en seguida la causa por calumnia. Pues bien, se ha venido á fallar en *Junio de este año* por la Audiencia á los dos años de consultarla el juzgado inferior el fallo: sin embargo, esa Audiencia tan morosa todavía se asusta de la morosidad del juzgado y dice en su sentencia: «y el juez eleve el incidente de embargo de bienes, cuidando de verificarlo siempre con la causa, como está mandado. Dígase á los jueces Don J. G. G. de O., D. E. M. B., D. F. X. de M. y D. V. y S. que en lo sucesivo sean más activos y celosos en la sustanciación de los procesos, entendiéndose respecto del primero, si volviese á desempeñar cargo análogo.» Qué le parece al Sr. Maestre, ¿no es esto más sustancioso para llamar la atención del actual Director de Gracia

y Justicia de Ultramar que la historia de los pasados merecimientos de las Ordenes religiosas?

2.º Un alto empleado en Filipinas, que es allí propietario, ganó una reclamación de alquileres á un inquilino el año pasado en primera y segunda y última instancia; pero hasta la fecha, á pesar de mil recursos de queja á la Audiencia y las correspondientes cartas-órdenes de ésta al juez, éste no ha ejecutado el fallo ni lo ejecuta. La Audiencia en premio envía al Juez á una Alcaldía más suculenta, acude el propietario al Gobernador general como supremo Inspector de todos los ramos de la Administración, pide éste informe á la Audiencia, y dice esta que el recurrente tenía «recursos en derecho para» que se le administre estricta justicia;» lo cual parece el *inri* puesto á ella, pues por añadidura, costas de incidentes que perdió el inquilino las cobró el juzgado, y se han *distraído* en vez de reintegrar al demandante y á pesar de sus denuncias. Si esto le viene ocurriendo á un alto funcionario, ¿qué les ocurrirá á los litigantes sin posición social? Aquello es el caos, es lo nunca visto ni oído, salvo entre mahometanos.

3.º Un magistrado está en suspenso y encausado, y ha estado detenido en la prevención por escándalo á altas horas de la noche y causar heridas á un empleado en aduanas. Se dice que otro magistrado de mayor categoría aún está también suspenso. ¿No le parece al Sr. Maestre que esto merece la atención del laborioso y puritano Sr. Ministro de Ultramar?

Pues sepan todos que continuaremos esta exposición de bellezas de nuestra administración filipina; que no se diga que las islas piden su remedio con las armas en la mano como pretexto para no concederlo, y sepa el país mañana de quién es la responsabilidad del desprestigio nacional que resulta.

MIGUEL VICOS.

EL GRAN PROBLEMA

Novela original de D. Juan de La Cerda, publicada por la casa editorial «El Cosmos.»

CARTA AL AUTOR.

SR. D. JUAN DE LA CERDA.
Calle de Serrano, núm. 27.
INTERIOR.

Queridísimo: Acabo de leer, desde la portada al fin, tu libro, y cumpliendo como bueno la palabra empeñada, franca y resueltamente voy á decirte lo que me pareció, no sin hacer antes la salvedad de que mi juicio ha de tomarse sólo como fiel reflejo de una primera impresión. Ni mis diarias ocupaciones, ni el estado poco envidiable de mi salud, ni otros achaques morales de más cuantía, me permitieron saborear á gusto y placer tu primera obra, escrita con verdadero amor, con facilidad, en muy pasable estilo y en poco tiempo.

Principio por confesar que, aún conociendo el argumento de *El Gran Problema*, mucho antes de que el libro ocupara un sitio preferente en las anaqueles de los libreros de Madrid, que tú, ya á solas conmigo, con un método y habilidad que envidio, me habías referido la historia; tu originalísima relación me ha interesado hasta el punto de devorar página tras página las cuatrocientas y pico del volumen.

Si tu novela no fuera interesante, no sería novela; y por tanto, relevado quedaba del compromiso de escribir estas cuartillas.

Empujo, pues, aquel encerado de la cubierta, lleno de números, en cuyo centro campea la enunciación del *problema*, porque sobra y huele á pretensión

de rebuscada originalidad, y me cuelo de patitas en el primer capítulo.

En él, mucho mejor que en el encerado, se presenta *el gran problema* que va á resolverse muy luego en todo el trascurso de la obra.

Pertenece ésta, sino ando trascordado en punto á clasificaciones literarias, al género de novelas filosófico-sociales, hoy muy en boga. Y si el género lo está, no digo nada de tu *Problema*, que es de los de *Vivitos y Coleando*.

Segunda concesión y justísimo golpe de bombo. Al elegir asunto, te has ido derecho al que preocupa hondamente á todos los legisladores de Europa en las actuales circunstancias. Al moralista, al sacerdote católico, al político, á todos los hombres, en fin, que piensan y leen, porque el matrimonio es el cimiento de la sociedad y el divorcio no sabemos lo que pueda ser. La elección, pues, fué acertadísima, revela gran valor y no menos originalidad. «Desarrollar los problemas más grandes de las ciencias morales y sociales mediante una acción grandiosa y complicada, confiada á caracteres que son verdaderos tipos eternos en la humanidad;» he aquí, según un crítico notable, la misión de la clase de novelas á que pertenece la tuya.

Es sabido que los aficionados á hacer comedias principian siempre por representar *El Puñal del Godo*, *El Drama Nuevo* y *Don Juan Tenorio*: los que envidian á *Frasquito* quieren matar en la primera corrida en que trabajan, y cuantos cogen un lápiz en la mano, á los dos meses se despepitan por meter el dedo gordo por el agujero de una paleta. Por último, los aprendices de poetas, hueros casi siempre, no se contentan sino con cantar á Dios ó al sol.

Tú has tenido el valor de todos estos aficionados, empezando por el fin. «Requiriendo esta novela—dice el crítico antes citado—en el artista una gran cultura científica, una poderosa idealidad, un exquisito conocimiento del corazón humano y un arte maravilloso para unir en sus tipos y en su acción lo ideal y lo real, lo filosófico y lo histórico, viene á ser el más difícil de los géneros novelescos. Así y todo, creo que has salido muy airoso en tu empeño, que muchos escritores de fama bien cimentada, salvos ciertos reparos, no tendrían inconveniente en firmar tu obra.

Decía que en el primer capítulo, á modo de reto, de letra endosada á largo plazo, presentas originalísimamente el plan del libro en la correspondencia epistolar que sostienen dos mujeres antitéticas en la manera de considerar el matrimonio, y que dejan al tiempo el encargo de dilucidar quién será la engañada. En estas cartas entiendo que se revela demasiado el carácter de aquellas, sobre todo el de Margarita, lo que perjudica un tanto el interés de la trama.

De buen grado seguiría consultando las cuartillas de apuntes que tengo á la vista, poniendo los puntos sobre las *ies* en cada capítulo; pero me falta tiempo, y por otra parte no quiero satisfacer la curiosidad del público que no haya comprado tu novela.

Seamos francos, Juan amigo: pugnas en todo *El Gran Problema* por afiliarte á la novísima escuela naturalista y no lo consigues, á Dios gracias. Esto, hasta en los pormenores meramente descriptivos. En aquel bello cuadro de la salida del tren, más que el vapor que ruge escapándose de la caldera, más que los rechinchidos discordes de los hierros, valen las ilusiones del joven Marqués acariciadas detrás de los vidrios que la escarcha empaña. La novela, como tú sabes, es uno de los géneros poéticos, y tú eres más poeta que filósofo. ¡Alégrate, muchacho! «¿Qué vale lo que se piensa, donde está lo que se siente?» dijo no sé quién, y dijo bien. Sobre todos los pujos filosóficos, bien traídos por supuesto, que menudeas, sobrenada aquello de «las madres vemos retratarse el cielo en las primeras sonrisas de los hijos, y los hombres no pueden verle hasta después de morir como cristianos.» «Lágrimas de quien ama y no espera,» y otras mil y mil frases felicísimas.

Cumpliendo con un precepto, para mí dogmático en literatura, presentas la sombra, la fealdad, la negación, siempre como fondo, sobre el cual se destaca con su nimbo de luz, la hermosísima figura de Monina que, aún aceptando las resoluciones extremas que adopta, aún impulsada por la corriente, hasta el

lodo de la orilla, resulta á la postre un personaje del romanticismo sin sus ropajes cursis.

Carlos de Montaral es el perfecto tipo del caballero español, con la clásica indolencia del andaluz, con su esplendidez legendaria, con la buena fe del hombre honrado, con el valor que obliga á los que nacen en buenos pañales y con la sola religion del sentimiento, que resucita en aquel corazón seco, exprimido, en el punto en que la soledad de su hogar le lleva á respirar en el seno de una familia modelo.

También el amigo traidor es una fotografía de cuerpo entero: gusano que corroe el árbol que le presta sombra. Lorenzo, raro ejemplar de una raza que se acaba, de aquellos criados que llamaban en tu casa y la mía *la familia*. En cuanto á Margarita, después de Monina, es el personaje mejor dibujado de la obra. Basta irse al paseo de coches del Retiro una tarde para encontrársela rodeada de moscones como una inmundicia cualquiera.

Los *partiquinos* son dignos de las *primeras partes*.

Abunda tu libro en preciosas descripciones, en las que palpita el interés dramático, cimentado en el oportuno contraste de pasiones muy humanas y no rebuscados acontecimientos.

Ni un solo pormenor apunté de mal gusto ni una sola inverosimilitud.

Entre los novelistas españoles de cartel, sólo uno conozco que pudiera rivalizar contigo cuando describes costumbres ó simples escenas de la *clase aristocrática*. Valera, y este busca sus asuntos en otros círculos inferiores. Y es que ciertas cosas no pueden idearse, ni tampoco las comprende quien conoce el teatro sólo desde la butaca.

Aquel pasaje del capítulo IX, en el que la Marquesa se prueba los trajes que Worth acaba de enviar, tiene un colorido, una verdad, una exactitud de pormenor que fascinan. Hasta la rotura del búcaro, que á primera vista parece extremada, es el último toque en el retrato de la desdichada Margarita, que usurpa un puesto que no la pertenece.

Quédese para los filósofos apreciar en su justo valor sus teorías: yo acepto el distinguido naturalista moral de la *mujer* y la *hembra*, que no conocia hasta aquí si no es en D. P. A. Alarcon. Me deslumbra también, lo confieso, aquella otra teoría del amor como consecuencia lógica del instinto de conservación, y encuentro muy chistoso lo de carácter mercantil, que establece una *sociedad* en la que la esposa representa el capital y el marido la industria.

Mucho más pudiera decirte ¡ya lo creo! del fondo de la obra; pero esta, mejor que carta, va pareciendo pieza de autos y puede costarme dos sellos de franqueo.

El estilo del *Gran Problema*, sacrificado un poco al interés del cuento, al efecto, como diría un pintor ó un dramaturgo, es algo descuidadillo: podrian entresecarse, como zizaña en extenso campo de mies tal cual galicismo y neologismo, alguna frase aplicada en distinto concepto del que nuestra lengua le atribuye, líneas donde el cuadro reclama manchas, manchas donde sobra la línea; pero todo ello tal vez haya sido ventajoso para el logro de tus fines. Si en vez de boceto te hubieses empeñado en hacer un cuadro acabadísimo, aplicando el color en ocasiones con el cuchillo, quién sabe si hubiese resultado cromo.

Para concluir, como última aunque insignificante alabanza, *El Gran Problema* aparece puntuado, según la novísima ortografía de la Academia, que, entre paréntesis, no conocen algunos señores de los mismos que amasaron la torta.

Interés, buen asunto, trama urdida con arte, caracteres del natural, desenlace no previsto, verosímil y eminentemente dramático, estilo muy pasable, poco material de relleno y buena intención. Todo esto abunda sin empalagar en *El Gran Problema*.

Bien venido el nuevo escritor que no se arrastra, que sabe saltar por encima de grandes dificultades sin el trampolín de una reputación prestada en el prólogo, se sostiene en perfecto equilibrio sin ayuda del balancín de los bombos periodísticos.

Un abrazo empujado de tu mejor amigo

J. LOPEZ VALDEMORO.

23 de Setiembre de 1884.

¿c Felipe V, 2, bajo.

P. D. Para cuando me contestes ve averiguando si existe por ahí alguna Monina. Ten presente que estoy aún en estado de merecer. No te dejaré mal.

Vale.

A UNA FLOR

Flor de vivos matices,
reina del bosque,
¿por qué pliegas tus hojas?
—Muero de amores.
—¡Ay, flor preciosa!
El amor es la muerte
del que bien ama.

MANUEL CAÑETE.

SETIEMBRE

I

La muerte de César.

Fué un déspota, respecto á sus súbditos; árbitro de la voluntad mensual, apenas si durante tres meses dejó respirar á los mortales; pero al cabo, si de maquiavélica escuela el viejo político, hizo grandes cosas por la Naturaleza su patria y al ménos tiene á su favor la dignidad de su caída. Veá Vd. lo que es la veleidosa fortuna: encumbra á sus favoritos á lo más alto de su rueda, se cansa en seguida de ellos, y ¡cataplún! un puntapié en salva sea la parte, una vueltecita á la rueda y aplastados. Si te he visto no me acuerdo.

El primer golpe de gracia recibelo el Verano con la muerte de su hija, que ocurre indefectiblemente el día 2. Bien claro enseña la historia cómo acaban los validos obstinados: en el destierro ó en el cadalso. La Canícula, que conforme es una calamidad pudo ser una virtud, obligada á dar cuenta de sus actos en la barra, prefirió á ceder, beber, como Sócrates, la cicuta. Las primeras lluvias frias son el veneno que la mata, y las espera estóicamente, abrasando hasta que no puede más, porque ella podrá pecar de altiva y soberbia, pero no de cobarde: con mal oficio se estrena, pues, Setiembre, pero no por eso merece el dictado de asesino; él es tan sólo el brazo que ejecuta la sentencia y la ley natural quien la dicta.

Bueno se pone el Verano al saber la noticia. Aunque achacoso y tísico, todavía cuenta con ánimos para dar un disgusto. Así, jura tomar venganza cumplida, y más rabioso que nunca hiérguese decidido, echa mano del prestigio que le queda, rejuvenécese materialmente, y resucitando el bochorno, pronto enfrena las nubes y empieza á escupir fuego como en sus mejores tiempos. Por el momento su triunfo es completo, y la lumbre que despide en su ira se hace más sensible después de un intervalo de frescura. Su última dictadura pesa insoportable como ninguna, porque es extemporánea y tardía. Pero no hay quien se atreva á ponérsele de frente, y volvemos á vivir en un horno, y á respirar aire en combustion, y á sentir la piel abrasada, y los pulmones inflamados, y la sangre convertida en lava hirviente; en una palabra, tornamos á la temperatura, al rojo blanco y á la atmósfera densa del estío.

Pero ¡ah!... ello no es otra cosa que las posteras convulsiones de la fiera que espira, los últimos esfuerzos del gladiador que muere. A su alrededor se hace el vacío en el silencio y se forja la conspiración en la sombra. Ya no puede más, su potencia no responde á su voluntad, y entónces vuelve los ojos hacia el Sol, aquel antiguo y fiel servidor, cómplice y ayuda de sus

exacciones. Pero el Sol no está para auxiliarle; entra por este mes en Libra y nada le es dable emprender con tan exiguo capital de rayos.

¿Y qué es de Setiembre, que no corta de raíz tan monstruosa servidumbre? No es él el llamado á devolver su libertad á la Tierra. Y bien, ya está aquí. Miradle; exacto cumplidor de su consigna llega el día 22, y aunque el tiránico señor es su hermano, no vacila un punto, con un puritanismo supersticioso, en cumplir la misión que le trae. El hecho es fuerte y horrible, el nombre de fratricida le estremece; pero su conciencia le impone el sacrificio, la santa causa que defiende le exige esa víctima, y á ojos cerrados, con mano firme, acaba de una vez con el verdugo opresor. El otoño es el Bruto fanático, pero sincero, que arranca de una puñalada la vida al César Verano, en plenas funciones dictatoriales.

II

Biografía de Setiembre.

Hay seres desgraciados desde que nacen, y eso le pasa á este mes desde sus orígenes. Empezó la cosa porque le bautizaron, yo no sé cuántas veces, poniéndole siempre nombres á cual más odiosos y repugnantes, hasta que por fin le dejaron el de Setiembre: se llamó sucesivamente *Tiberius*, *Germanicus*, *Antoninus*, *Hércules* y *Tacitus*, en recuerdo y para agradar á otros tantos tiranuelos romanos. Bien abusaron del inocente mes, y estoy seguro que si éste hubiera tenido entónces conciencia de sus actos, profesara desde luego en la secta de los anabaptistas. Perfectamente; ya le tenemos con nombre propio. Viene luego la reforma del calendario, y vuelta á robar á Setiembre; y ya que no podían causarle otro daño, me lo dejan en treinta días y sólo le adjudican una libra de sol. Y sigue el calvario, y hoy pesa todavía sobre el infeliz la peor fama que puede darse, y si aprieta el frío nos parece prematuro, y si apura el calor se nos antoja tardío, y si llueve ponemos el grito en el cielo clamando que el agua es propia de Noviembre, y si el tiempo se desliza seco que es insoportable tal temperatura de Agosto. ¡Qué más!... No há mucho echábamos pestes renegando de la extraordinaria duración de los días. Setiembre lo oye; para congraciarse con la humanidad los coge y los acorta, y á renglón seguido nos lamentamos de lo pronto que anochece.

Pues á pesar de esta buena voluntad, Setiembre es un mes muy calumniado y no comprendido. Dicen por ahí con notoria injusticia: Setiembre, más que Setiembre es se tiembre. ¿A qué obedece acusación semejante? ¿Acaso al modo de ser reformador del mismo? Cierzo que arranca las últimas flores y descuaja los últimos frutos y comienza á llevarse las hojas de los árboles; pero sus propósitos son sanos, y acelera la muerte de los hijos para que no vicien las entrañas de la madre. Y prueba que se lleva esas miras y obra de ese modo para que los tallos no se debiliten, él, que no olvida la época de la renovación, y así, atento á las flores que hay que conservar, cierra las estufas por la noche, repálas las vidrieras por si tienen resquicios, háceles las camas bajo monteras de cristal por la mañana, en tanto que en los huertos bina y escarda, y siembra las legumbres futuras, y poda y descarga de ramas los frutales venideros, y remueve y cuarteja el terreno, y esparce como se debe las semillas que darán las cosechas del porvenir. Méno fundamento aún tiene la especie que le tilda de caprichoso y voluble: Setiembre ó lleva los puentes ó seca las fuentes. O lo que es lo mismo: cuando le da por llover no acierta á dejarlo, y cuando por lo se-

cano, es cosa de ahogarse, lo cual resulta falso á todas luces.

Acaso no haya otro mes tan constante é igual como Setiembre; su genio no es arrebatado, sino pacífico y apacible. Todos tenemos nuestros ratos de mal humor, y Setiembre, que también se incomoda, suelta á las veces algunos chaparrones, cuatro gotas, y pare Vd. de contar. En cambio nos regala días primaverales y noches veraniegas; aproximase por su temperatura á Julio, sin rayar en sus extremos; tiene unas mañanas y unas tardes que ni las de Mayo, y una brisa leve y fresca, trasunto de las de Abril. Setiembre es, respecto á Agosto, lo que la calma tras de la tormenta, cosa de que el vulgo no se penetra, porque ni ve más allá de sus narices ni se pescan cotufas en el golfo por el que no tiene maña.

III

El mes de María

Más vale caer en gracia que ser gracioso, y Setiembre, aunque sea un santo varón, siempre parecerá un perro judío. Decía D. Quijote á Sancho, á propósito de cierto oloroso suceso: «peor es meneallo;» pero así y todo, los fueros de la verdad exigen que desaparezca un abuso, al parecer vinculado á favor de Mayo, el cual Mayo es un mes apreciableísimo, pero se abroga hechos y cosas que en modo alguno le pertenecen. Ya la costumbre ha dado fuerza axiomática á la especie de que Mayo es el mes de María, y sin embargo, tal honor le corresponde de hecho y derecho á Setiembre. No tiene más si no que éste, modesto en demasía, ha preferido siempre salir perdiendo á reclamar lo que es suyo. Vamos á cuentas.

¿Qué méritos aduce Mayo para denominarse el mes de María? Contando con treinta y un días largos, sólo en dos conmemora á la Virgen, bajo su advocación de Nuestra Señora de los Desamparados y del Amor Hermoso. Son dos títulos que subyugan por lo que significan; estamos conformes. Pero véase ahora Setiembre los merecimientos que aporta, y eso que tiene un día menos que su contrincante. El 8 la Natividad, el aniversario del día en que vio la luz primera la más santa de todas las mujeres, á la vez virgen y madre por gracia divina, á ella sola concedida. El 11 el Dulce Nombre de María, el poema de lo sencillo, el nombre que guarda todas las promesas, seca todas las lágrimas, sostiene todas las esperanzas, anima todos los recuerdos. El 21 los Dolores gloriosos de Nuestra Señora, mediante los cuales es redentora y madre de toda la humanidad. El 24 Nuestra Señora de las Mercedes, cuyo sobrenombre es desde luego un dechado de infinita caridad y ternura. De cuyos datos resulta, que á Setiembre y no á Mayo corresponde en justicia el dictado de mes de María.

Hay más: ni aun por analogía se le puede llamar así á Mayo, porque si éste es el mes en que todo resucita, en que la naturaleza despierta de su sueño invernal al beso del sol, y las flores renacen y los árboles reviven, razones por la que tales prodigios se colocan bajo la simbólica protección de la Virgen, Setiembre es el mes adorado por el labrador, que ve llegar la época del descanso, dando por bien sudado lo mucho que sudó, y alegre y satisfecho por aquel grano que en las eras yacía expuesto á malograrse ante el arbitrario humor de las nubes, hoy llena los trojes hasta el techo, satisfactorio fruto obtenido, gracias á las bondades de la Virgen. En una palabra; si la Virgen de Mayo representa la esperanza, la de Setiembre personifica la realidad, y sólo por esto, merece el tal mes el sobrenombre que sirve de epígrafe á las anteriores líneas.

IV

Calabazas y melones.

¡Bien por Setiembre! Los golosos no tendrán queja de él, porque gracias á sus cuidados la compota de cabello de ángel está asegurada. Nunca alcanzaron tanta magnitud las calabazas vulgares; algunas semejan cúpulas de catedral. Eso sí, al par que crecieron en tamaño se ovalaron, y da gozo verlas tan orondas y amarillas como se han puesto. Bien es cierto que parecen el fruto predilecto de todos los meses; cada uno hace por ellas lo que puede. Tuvieron oportunamente el agua que para esponjarse necesitaban, se solearon á su debido tiempo, refrescólas después la brisa cuando convenia, y aquellos calabacines pequeñitos y estirados de quebrada color verdosa fueron echando tripas y endureciéndose por la corteza, y cátelas Vd. hoy unas señoras calabazas.

Pero Setiembre no entiende de privilegios y no se ciñe á cosechar esta sola familia de las calabazas, sino que también recoge las calabazas científicas. Vedlas: todo el campo es orégano; toda la Universidad un calabazar. Merced á Setiembre, que es imparcial y recto como él solo, la compota de repetición de curso será abundante por demás. Jamás fueron tan grandes las cucurbitáceas ilustradas. Hay cada suspenso que vale lo menos dos, y abulta tanto como el Instituto. Eso sí, á la vez que las fatales notas crecían, se embellecieron, y causa júbilo verlas tan azules y con tan hermosas letras, destacando sobre el blanco papel de la papeleta de exámen. Bien es verdad que diríase que el suspenso merece la predilección de todos los meses; cada uno hace por él cuanto está á su alcance. Con oportunidad se vendieron los libros necesarios en el curso para que el suspenso naciese; germinó á maravilla en los días de novillos y partidas de billar; creció con los alborotos del punto anticipado; se robusteció en Mayo cuando los alumnos se metían la ciencia á montones en la cabeza, llevándola prendida con alfileres; echó algunas florecitas en Junio, y aquel suspenso pasadero y condicional echó luego buenas raíces y hoy es un señor reprobado de tomo y lomo con que se adornan los graduandos de melon.

Ea, ya le nombré. Y bien, ahora es un santo y hay que celebrarlo. Setiembre le aprecia mucho, y es que cosecha tan nobilísima familia. Miradlos, están casi apopléticos de gordos y amenazados de que las pipas se les suban á la corteza. Su semblante no puede ser más verdidorado, y el corazón deben tenerlo bien dulce y dispuesto á recibir el gravámen de la sal para que no hagan daño. Ved qué amor el de los mortales hacia los melones y con qué prisa los engullen; diríase que en ese afán de comerlo se vislumbra algo más que afición. Yo creo que las gentes gustan tanto de hincarles el diente porque se miran en ellos como en un espejo, y es tan antiguo como la humanidad echarle la culpa al azogado cristal de las imperfecciones del rostro. A nadie le gusta contemplar su imagen tal cual es, cosa que debe pasar de igual modo respecto á las sandías y con relación á las mujeres, muy aficionadas á tan sabroso fruto.

V

El Excmo. é Ilmo. Sr. de Membrillo.

Es todo un personaje privilegiado este señor, por lo que no me atreví á apearle el tratamiento. Mientras las frutas de temperamento linfático se van muriendo poco á poco, según el tiempo avanza, él, terne que terne, cada vez más lleno de salud. Ved, ved las peras ¡pobrecillas! no

reza con ellas eso de soportar huracanes y afrontar frios repentinos. Pero son tan buenas que se mueren hechas almíbar, muy al contrario de esas quisquillosas manzanas, á las que el demonio que aguante su genio bilioso; tienen tal amor á la localidad, que en cuanto las mudan de aire se pican; ¡jagoistas! En cambio los higos, gente que se multiplica sin consideración al árbol que los cria, chiquitescos y apretados, les rebosa la vida á borbotones; son muy sanguíneos. Pues ¿y las uvas? Se doran y endulzan en competencia, miles de miles de ellas se quedan solteras; pero muchísimas están ya en estado interesante y pronto tendrán un hijo que se llama el vino. También hay para la aristocracia, que crece á medida que el pueblo mengua. Nerviosa y distinguida, puede envanecerse con su hermosura y sus mieles: denominásele la granada.

Pero el rey es el membrillo, y así Setiembre lo protege y lo mimaba. Ya sabe, ya, tal fruto los puntos que calza, y así es él de oloroso y plantado. En primer lugar, no suele acabar, por lo general, como sus otros hermanos entre los dientes de los humanos, sino que muelle y tranquilamente concluye por reposar entre la ropa blanca de cómodas y baules, y allí se conserva muy bien, tardando bastante en secarse. Constituye, pues, la esencia ó perfume para la ropa más antigua que se conoce, y ningún otro le iguala en popularidad ni economía. ¡Qué de cosas diría el membrillo si no fuese tan discreto! ¡Qué de secretos suele sorprender en el cofre de las muchachas casaderas! Como que descansa entre las cartas del novio y se codea con los regalillos del mismo, y se sienta á veces sobre el retrato del amante, guardando buena amistad con las tales pruebas de amor, arrinconadas en un paquete en el arca de los pañuelos. Puede decirse que es el confidente de no pocas relaciones amorosas; y á la verdad que su silencio encuentra recompensa, pues tiene la dicha de rozar á cada paso la fresca cara de tal ó cual moza, que se deleita aspirando el aroma del membrillo á la vez que hojea las epístolas que dictó Cupido. No corre sino un peligro; que el hermanito ó hermanita de la dueña del cofre atisbe la sabrosa fruta y la hinque los colmillos aprovechando un descuido.

Por otra parte, el membrillo es todo un personaje con su puesto oficial en el calendario del pueblo, y da nombre á un período de tiempo que ni es propiamente otoño ni puede calificarse de estival, siendo las dos cosas á la vez y que viene á constituir como el epílogo de Agosto y el prólogo de Octubre. Llámase comunmente el veranillo de los membrillos, por lo cual, atendiendo que la voz del pueblo es la voz de Dios, según el axioma, y que el tal veranillo reúne caracteres propios, no estaría de más hacer una nueva reforma del almanaque distribuyendo el tiempo en cinco estaciones: primavera, verano, membrillo, otoño é invierno.

VI

El otoño.

Las eras están desiertas y abandonadas, no resta en ellas ni aun las granzas que quedaron de la limpieza del grano. Sólo turba el silencio del campo la voz del carabo en el monte, y el canturreo del labrador y los mugidos de la yunta en los prados; la labranza comienza. Como si hubieran recibido ya la orden de partir, poco á poco van emprendiendo su viaje al Africa las bandadas de tórtolas y codornices. Por do quiera reina la soledad, precursora de la llegada del otoño.

Hele aquí con un sol pálido, sus macilentos días y sus pardas nubes. Viene sin meter ruido